

Véase lo que un testigo ocular depuso sobre este martirio en el proceso verbal de Manila. "El testigo ha notado, con otros asistentes, la fuerza y la constancia que Dios Nuestro Señor quiso dar á su siervo Luis Giakici. Como los perseguidores le creían absolutamente destituido de fuerzas por la multitud de tormentos que acababa de sufrir, le prepararon una pequeña litera para conducirlo al martirio; pero él, con el valor de un verdadero cristiano, les dijo, que como iba á la muerte por la causa de Jesucristo y de sus ministros, esperaba del mismo Señor la fuerza para ir á pié, como lo hizo, con grande admiracion de los espectadores. Además, el testigo le oyó predicar en la travesía, hablar palabras buenas y santas, exhortar á sus compañeros y confesar públicamente que la ley que salva es la del Evangelio, y que cualquiera otra conduce al infierno. Vió tambien, que llegados al lugar del suplicio, los cuatro se dispusieron santamente con una intrepidez cristiana y una grande alegría á recibir la muerte; y que luego que el siervo de Dios Luis, fué atado al poste, fueron decapitados á su vista, Lucía su mujer y sus dos hijos, que invocaban los santos nombres de Jesus y Maria, y que acto continuo se encendió la hoguera y el siervo de Dios fué quemado á fuego lento el 2 de Octubre de 1622. Los asistentes estaban grandemente consolados, y alababan á Dios por el valor que en tales circunstancias otórga á sus siervos. (*)

(*) Proceso apostólico.

CAPITULO XIX.

El bienaventurado Padre Pedro Pablo Navarro, jesuita, fué quemado vivo con otros tres en Ximabara, el 1.^o de Noviembre de 1622.

El mes de Noviembre de este mismo año nos dió á otros religiosos de la Compañía de Jesus, quemados vivos juntamente con un secular japonés, en testimonio de la fé. A su cabeza estaba el bienaventurado Padre Pedro Pablo Navarro, uno de los mas antiguos é infatigables obreros de esta mision. El mismo refiere cómo fué aprehendido, en una carta dirigida al superior de la casa de Nangasaki, y que trascribimos palabra por palabra.

Al principio del Adviento, le dice, fuí á Cazusa, á diversos asuntos, por mandado del Padre provincial. Me confesé generalmente y dí cuenta de mi conciencia; despues atravesé la mar, me detuve dos dias en Obama y de noche pasé á Faciram, donde me retiré para hacer los ejercicios espirituales. Avisé á los cristianos de Arima que iria á visitarles por la Navidad, para administrarles los sacramentos de la penitencia y Eucaristía; pero ellos, temiendo que me sorprendiesen los espías del príncipe Bungondono de Arima, me dijeron que difiriese mi viaje para la Circuncision en que habria mas seguridad.

Entonces celebré las fiestas de la Navidad con los cristianos de Faciram, y de noche me fuí para Arima acompañado de dos guías; pero no encontrando barca, por fuerza tomamos el camino público, en el que encontramos un criado del príncipe dos horas antes de media noche. Esta era demasiado clara, fijó él en mí los ojos, y entrando en sospechas, y revolviéndose me tomó por el hábito, bajo el pecho y me de-

tuvo. "No os fatiguis en detenerme, le dije, yo os aseguro que no huiré." En seguida quiso conducirme á la presencia de un mandarin; pero bien pronto, y como arrepintiéndose de lo que habia hecho, no quiso pasar adelante, á pesar de mis instancias; de aquí es que pasé la noche en casa de un infiel. Al día siguiente, el príncipe, que habita en Ximabara, á cinco leguas de Arima, supo luego lo que habia pasado, de que mucho se disgustó, ora porque hasta entonces tenia simpatías por nosotros, ora porque poco antes se lisonjeó delante del emperador de que en su estado no habia religioso alguno. Y á fin de conservar salvo su honor, escribió á un gobernador del imperio, amigo suyo, consultándole sobre lo que debia hacer. Mientras esperaba la respuesta, se divulgó la noticia de mi prision, y por esto me hizo conducir á Ximabara con una buena escolta de soldados: yo permanecí en Arima veinte dias en casa de este idólatra. Durante el viaje, hablamos constantemente de la fé cristiana; mis guardas me escuchaban con placer, y quedaron aficionados á nuestra santa ley: el gefe habia sido cristiano, pero despues recayó en los errores gentilicos; estas conversaciones le hicieron entrar dentro de sí, y resolvió volverse á Jesucristo.

"Mientras permanecí en Arima, se me dejó recibir libremente á todo el mundo, cristianos é infieles, y no se hizo poco fruto; especialmente mi huésped y su mujer manifestaron una grande inclinacion por la fé cristiana. Ademas de los pequeños cuidados que me prodigaron en su casa, vinieron á verme á Ximabara y me trajeron algunos presentes. Yo pedí al príncipe que me pusiese en la prision pública, ó que me mandase á las prisiones de Omura con los otros religiosos; pero me rehusó este favor, y me entregó en

depósito á cuatro cristianos de Ximabara y á cinco de Arima, bajo su responsabilidad, la que ellos aceptaron con mucho gusto. Actualmente estoy en la casa de Andrés Mongioiemon, amigo íntimo del príncipe, y aquí celebro Misa todos los dias en una pequeña capilla, y administro á muchos fieles los santos sacramentos de la confesion y de la comunión: los cristianos tienen completa libertad para verme. He recibido las visitas de algunos paganos de las familias mas nobles; en ellas hemos tratado tanto de la salud eterna, como de las cosas naturales en su causa y en sus efectos, y ellos han quedado satisfechos de estos discursos. El príncipe, por las relaciones que le han hecho, tiene gran deseo de oír hablar de nuestra fé, y ha dicho que quiere llamarme á la fortaleza. Ha enviado á visitarme á uno de sus pajes, me ha obsequiado con algunas frutas, y me ha hecho saber que estaba muy disgustado de verme prisionero, y que si pudiera se haria disimulado conmigo. Asi lo habia hecho con otros Padres, pues pudiendo arrestar mas de diez, porque sabia donde estaban, fingió ignorarlo. El quisiera recibir de la corte la orden de enviarme á Macao, y entonces me haria conducir en sus navíos, bien acompañado y provisto de lo necesario. ¡No permita Dios una decision para mí tan funesta! Deseo acabar aquí mi vida derramando mi sangre, por Aquel que por mí derramó la suya, y para esto me preparo. He tenido la felicidad de abocarme al Padre Juan Bautista Zola, con quien me confesé dos veces, esperando la feliz noticia de la corte de Yendo." El Padre Navarro fué aprehendido y aprisionado con Pedro Onizuki, Dionisio Fugixima y Clemente Kiugemon, de quienes hablaremos adelante.

Matzucuro Bundogono habia reemplazado despues

de algun tiempo al apóstata D. Miguel en el gobierno de los estados de Arima. Era hombre de edad madura y buen sentido, idólatra de religion, pero bien intencionado respecto del cristianismo, al extremo, que los Padres jesuitas tuvieron con él muchas conferencias en Surunga, y le esplicaron los misterios y los preceptos de nuestra religion. El Padre Navarro fué llamado á la fortaleza una tarde, por el príncipe, y tuvo con él una conversacion sobre materias de fé, segun consta de una de sus cartas. Al despedirse le dejó una apologia de la religion cristiana, que habia compuesto, la cual hizo leer el príncipe delante de su corte, y despues envió una cópia al emperador. Esperaba salvar la vida del misionero, ó al menos permutar la pena capital en destierro, pero no lo consiguió. El 27 de Octubre de 1622, llegó de la corte el decreto del emperador, que condenaba al Padre Navarro y á sus tres compañeros á ser quemados vivos. La ejecucion tardó cinco dias, lo que dió tiempo al Padre para escribir á sus superiores y á multitud de cristianos, despidiéndose de ellos, y pidiéndoles sus oraciones. El dia 1.º de Noviembre, fiesta de Todos los Santos, celebró Misa muy temprano, dió la comunión á sus tres compañeros, y autorizado por el Padre provincial Francisco Pacheco, recibió los votos de religion de Pedro y de Dionisio, con los que quedaron ligados á la Compañía. En seguida, dirigiéndose á mas de veinte cristianos que se hallaron presentes, les dijo estas tiernas palabras, relativas á Nuestro Señor Jesucristo cuando estaba cercano á la muerte: "*Habiendo amado á los suyos que tenia en este mundo, en el fin los amó mas,*" (*) y habló de la inestimable recompensa

(*) San Juan, cap. XIII, v. 1.

de los que mueren por amor de Dios. Las lágrimas de esos buenos fieles y las suyas corrian con tanta abundancia, que se veia obligado á interrumpirse á cada instante.

A las diez del dia llegó un gentil hombre de parte de Bundogono, para manifestar al Padre Navarro la sentencia del emperador, que le condenaba al fuego por haber permanecido en el Japon para predicar la ley de los cristianos; y añadió tambien, que el príncipe su amo lo sentia infinitamente, pero que debia ejecutar las órdenes del emperador. El Padre le escuchó con un rostro alegre, y le dijo que ofreciese al príncipe sus agradecimientos. A la puerta de la casa estaban los ministros de Bundogono y de Gonrocu, gobernador de Nangasaki, con cincuenta soldados formados en dos líneas, que era la escolta que debia conducirle al suplicio. En medio de esta tropa emprendió su marcha, llevando de un lado á Dionisio Fugixima, y del otro á su querido huésped Andrés Mongioimon, que quiso acompañarle: Pedro Onizuki y Clemente Kiugemon le seguian. Iban cantando las letanías, y brillaba tal alegría en el rostro del Padre Navarro, que los fieles lloraban de devocion, y los infieles estaban maravillados. Se habia elegido para la ejecucion la colina que al Oeste fuera de Ximabara, se avanza mar adentro y forma como un ángulo muy vasto. Este lugar estaba ya lleno de una multitud inmensa de espectadores; y en medio se elevaban cuatro columnas de madera, coronadas con un arco de cañas del que pendian las cuerdas para atar los brazos á los sentenciados. La hoguera estaba formada con una gran cantidad de leña y rodeaba muy de cerca los postes; medida espresamente dictada por Bundogono, que no pudiendo salvar la vida de este hombre digno, como llamaba al Padre

Navarro, quiso al menos que no se prolongasen los dolores de su muerte. El Padre, luego que vió las columnas, se inclinó profundamente delante de ellas, y cuando llegó al lugar, penetró en la hoguera sin esperar que se lo ordenasen; se arrodilló un instante para dar gracias á Dios, se levantó y comenzó á predicar; empero los verdugos no tardaron en interrumpirle para atarle al poste, colocando á los confesores de la fé segun su grado y su edad. El Padre Navarro era el primero hácia Ximabara; en seguida los dos hermanos Pedro y Dionisio, vestidos con el hábito de la Compañía, y al último el fiel servidor Clemente. Al acercarse los verdugos con el hacha encendida, el Padre se volvió á sus compañeros, para escitarles brevemente á la perseverancia; despues, recogiéndose en Dios, con los ojos fijos en el cielo, permaneció inmóvil hasta que le abandonaron las fuerzas. A la sazón soplabá el viento con violencia, y éste arrojó las llamas sobre él con tanta fuerza, que su manto y sotana volaron por el aire en fragmentos inflamados, y él mismo cayendo muy pronto sobre el costado, entregó su alma á Dios, pronunciando en alta voz los santos nombres de Jesus y María. Los otros mártires murieron poco despues que él, excepto Pedro, que sufrió mas largo tiempo, porque habia menos leña delante de él. Durante tres dias quedaron espuestos los cuerpos, despues fueron quemados de nuevo, y como de costumbre, arrojados al mar.

El Padre Pedro Pablo Navarro nació en Lainó en la Basilicata, en Diciembre de 1560, y á los diez y ocho años de su edad fué recibido en la Compañía por el Padre Claudio Aquaviva, provincial entonces de Nápoles. Durante el curso de sus estudios pasó á las Indias, y luego acabada su teología y ya ordenado de presbítero, fué al Japon en 1586. Cinco meses

de un trabajo tenaz le bastaron para conocer el idioma del país, de manera que predicaba sin preparacion, y pudo componer diversas obras muy útiles. Sucesivamente consagró sus cuidados á los cristianos de los reinos de Omura, Nagato, Amanguchi, y por espacio de veinte años al de Bungo, teniendo que sufrir por todas partes las persecuciones de los idólatras. En fin, enviado al reino de Arima por superior de los misioneros, encontró allí lo que de tan lejos habia venido á buscar, y á comprar con treinta y seis años de trabajos en las misiones del Japon. Respecto de la perfeccion y santidad de esta alma, baste el testimonio del Padre Juan Bautista Zola, que también murió quemado, y con quien el Padre Navarro, dos dias antes de morir, hizo su última confesion general. Es, dice el Padre Zola, un santo mártir, un grande obrero, un hombre consumado en todo género de virtudes, y particularmente en la observancia de las reglas. Murió de sesenta y dos años, y habia hecho la profesion de cuarto voto.

Dionisio Fugixima, hijo de una noble y rica familia de Aitzu, plaza fuerte de Arima, perdió á su padre siendo niño todavía, y fué confiado á sus parientes idólatras, que arbitraron mil medios para pervertirle. Fatigado de sus importunidades, se retiró á Nangasaki, y entabló una vida muy piadosa, siguiendo los consejos de un santo jóven, llamado Luis Cavara, que mas tarde fué quemado con el Padre Spínola. Fué catequista del Padre Navarro; preso con él hizo los votos de la religion, y murió en el fuego de edad de treinta y ocho años.

Pedro Onizuki tenia diez y ocho años, era hijo de Pablo Onizuki, persona notable de Faciram su patria. Bundogono le llamó muchas veces con benevolencia deseando salvarle la vida, y aun solicitó que al menos

finjiése que abjuraba la ley cristiana; y aun el último día, no obstante que ya Pedro habia oido la sentencia de su muerte, y que habia sido entregado á la guardia de los oficiales de justicia, el gobernador volvió con mas instancias que nunca á ofrecerle la vida. La respuesta del jóven héroe fué la siguiente: "Mejor morir en el mas espantoso suplicio, que ser infiel á Dios." De este modo mereció morir en la Compañía de Jesus, como lo pedia frecuentemente.

Clemente Kiugemon nació en Arima, tenia cuarenta y ocho años y era casado y padre de familia. Por su celo ardiente por la propagacion de la fé, se dedicó á servir al Padre Navarro en los trabajos del santo ministerio. Recogió la corona del martirio, debiéndola á la constancia que le hizo superior tanto á las promesas, como á las amenazas.

CAPITULO XX.

Los bienaventurados Padres Francisco Galvez, franciscano, y Gerónimo de Angelis, jesuita, quemados vivos con el bienaventurado Simon Yempo, en Yendo el día 4 de Diciembre de 1623.

En el mes de Agosto de 1623 el emperador Xongun abdicó el gobierno en favor de su hijo primogénito. Este, segun la costumbre, comenzó por renovar las leyes precedentes, y en particular las relativas á estirpar la religion cristiana. Igualmente prometió grandes recompensas á todos los que denunciassen á los cristianos, especialmente á los ministros del Evangelio. Un cristiano miserable de mala vida, y ya renegado en su corazon, seducido por estas promesas, fué á Yendo á ver al gobernador para darle por escrito los nombres de mas de cincuenta cristianos, del

Padre Gerónimo, de Angelis, jesuita, y del Padre Francisco Galvez, franciscano, asegurando que estaban en la ciudad. Incontinenti fueron apresados muchos de estos cristianos que confesaron la fé con intrepidez: pero como se embarazasen en sus respuestas relativas á los dos Padres, el gobernador mandó dar tormento á uno llamado Pedro, el que al fin confesó que el Padre de Angelis, de quien únicamente sabia algo, estaba en casa de Leon Takeia. Los ministros de justicia corrieron inmediatamente á aprehenderle, pero los fieles ya le habian hecho huir. Leon fué preso y puesto en el tormento para que dijese donde estaba; pero como solo se le sacasen estas palabras: "Soy cristiano," fué careado con Pedro, quien le recordó el dia y la hora en que habia visto en su casa al Padre de Angelis. Entonces Leon confesó que en efecto el Padre habia pasado en su casa ese dia, pero que despues se fué á donde solo Dios sabia.

Durante este interrogatorio se divulgó el rumor, quizás por ardid del magistrado, que si el Padre Gerónimo se presentaba, Leon quedaria libre: lo que sabido por el Padre, despues de encomendarlo á Dios, resolvió presentarse al gobernador para salvar la vida de su huesped. Los fieles hicieron cuanto estaba de su parte para apartarle de este proyecto; pero mirándole invencible se ofrecieron á acompañarle y á morir con él. El Padre, solo admitió á su catequista Simon Yempo, que llorando le protestaba, que jamas le abandonaria: y asi revestidos con el hábito de la Compañía, se presentaron juntos al gobernador, sufrieron su interrogatorio, y fueron enviados á la prision pública.

Mientras esto pasaba se practicaron las mas minuciosas pesquisas para descubrir al Padre Francisco

Galvez, á quien los fieles, no pudiendo ocultar, le habian obligado á pasarse á Comacura, distante una jornada. Pero apenas se supo, cuando fueron enviados algunos emisarios de la corte en su persecucion. Al cabo de nueve dias lograron echarle garra, y con grande alegría y algazara le condujeron á la prision de Yendo. Los dos religiosos, en union de mas de cincuenta cristianos arrestados por la fé, pasaron cerca de tres meses en el ejercicio continuo de sufrimientos y de actos de piedad. Estaban mezclados con un gran número de paganos de la hez del pueblo, y culpables de toda clase de crímenes; pero ellos con sus exhortaciones les atrajeron á una vida mas arreglada, y aun cuarenta de ellos recibieron el bautismo. Tambien estaba allí preso, Pedro el que vencido por el tormento de la agua, habia revelado el asilo del Padre de Angelis; estaba inconsolable, reconcentrado en sí mismo, y no hacia mas que llorar su falta de dia y de noche.

Cerca del fin de Noviembre, el nuevo Xongun vino de Yendo á Méaco donde se habia hecho reconocer emperador; se le hizo saber que habia cristianos y Padres encarcelados, y sin preguntar mas, dijo: "Que se les haga perecer á todos con el fuego, á unos porque han profesado esa ley, y á los otros porque la han enseñado." En consecuencia, al dia siguiente 4 de Diciembre, los ejecutores sacaron de la prision á los confesores de Jesucristo. Los dos Padres y un gentilhomme de la alta nobleza, nombrado Juan Faramando, fueron montados á caballo; los demas, en número de cuarenta y siete marcharon á pié, divididos en tres bandas. A su vanguardia y retaguardia iban los gefes de la justicia, y á los dos lados un gran número de soldados armados. De esta suerte se dieron en espectáculo por las calles principales de Yen-

do, y despues fueron conducidos fuera de la ciudad al lugar del suplicio, donde estaban preparados los postes y las hogueras, á cuyo derredor se agolpaba un gentío innumerable. Las cuarenta y siete víctimas que habian ido á pié, fueron quemadas en primer lugar; y durante su ejecucion los dos Padres y Faramando, todavía á caballo, con gran fervor predicaron al pueblo uno despues de otro. El hermano Simon Yempo tambien tomó la palabra en medio de su hoguera.

Siguió su turno á los tres últimos mártires. Apeados del caballo fueron atados á sus postes: Faramando del lado de la ciudad, el Padre Galvez del lado opuesto, y en medio el Padre de Angelis. Cuando se prendió fuego á la hoguera, el Padre de Angelis se volvió hácia Yendo, y tan presto elevaba los ojos al cielo, como los bajaba sobre la ciudad, rogando á Dios dispase la ceguedad de sus idólatras habitantes. Despues habiéndose levantado mucho las llamas hácia un lado, les hizo frente y sin moverse mas recibió con intrepidez los turbiones. Era un espectáculo conmovedor ver la postura de los mártires moribundos, que conservaron hasta exhalar el último suspiro. Los lazos del Padre Galvez resistieron al fuego, y sostenido por ellos, permaneció derecho en pié: Faramando, cuyo poste se quemó en la base, cayó estendido con él: el Padre de Angelis, cuyas ataduras se consumieron en parte, cayó de rodillas y conservó esta postura.

Tres dias con sus noches permanecieron sobre el lugar de la ejecucion los cuerpos de todos estos mártires; y un cartel fijado en un palo indicaba la causa de su muerte en estos términos: "Estos hombres han sido castigados con este suplicio porque son cristianos." A pesar de la multitud de guardias que con-

tinuamente vigilaban la hoguera, los cristianos lograron apoderarse de los cuerpos de los dos religiosos, y de algunos otros tambien. En los procesos verbales vemos que la cabeza del Padre de Angelis fué luego llevada á Nangasaki, y despues al colegio de Macao, en China. Aunque en este holocausto, recibieron la corona del martirio cincuenta confesores de la fé, solo sobre los tres religiosos se han procurado testimonios jurídicos. Véamos algunos detalles de su historia.

El Padre Gerónimo de Angelis, fué de Castro Giovanni en Sicilia, estudiaba en Palermo el derecho civil, cuando, habiendo hecho los ejercicios espirituales de San Ignacio, resolvió entrar en la Compañía de Jesus, y fué admitido en Messina á los diez y ocho años de edad. Antes de ser sacerdote, y estudiando aun la teología, se le concedió partir para la mision del Japon. Seis años muy penosos empleó en llegar al teatro de sus trabajos, como dijimos ya al referir el martirio del B. Padre Spínola. Recibidos los órdenes sagrados en Lisboa, desembarcó en el Japon el año 1602 y sucesivamente consagró sus cuidados á los cristianos de Fuximi, de Surunga, de Yendo y de Méaco. La persecucion de 1614 le llevó á Nangasaki, y solamente á sus grandes instancias debió él permanecer en el Japon. Vivió en Ozaca vestido al uso del país, y allí contrajo una amistad estrecha con dos gentiles hombres del reino de Oxu que le condujeron á los confines del Japon, á Xendai, á donde todavía no penetraba ningun ministro del Evangelio: él logró convertir mas de diez mil idólatras. Los reinos de Deva, Giecigno y Sando le deben la fundacion de sus cristiandades: fué el primero que pasó del Japon á Fesso para predicar la fé. Este verdadero apóstol tenía un celo tan infatigable, que cuando se trataba del

servicio de Dios, no retrocedía ante dificultad alguna. Vivió cincuenta y seis años, de los que pasó treinta y tres en la Compañía, y de estos, veinticinco en el Japon. Doce dias antes de su muerte hizo la profesion de cuarto voto.

El Padre Francisco Galvez, español, nació en Utiel en Castilla el año 1567. A los veinticuatro años de edad entró en los franciscanos descalzos en Valencia, en el convento de San Juan de la Ribera, y despues de terminar su curso de teología, recibió el diaconado. El deseo de las misiones de Oriente le hizo pasar á las Filipinas en 1609, y de allí al Japon en 1612, donde sin descanso trabajó por dos años en bien de las almas. La persecucion le obligó á volver á Manila en 1614, de donde volvió á Méaco, con esperanza de entrar mas fácilmente á su querida mision. Como nadie se atrevía á esponerse á los riesgos de esta empresa, él se pintó el cuerpo de negro, y se hizo pasar por un esclavo moro, encontrando así el medio de pasar al Japon en 1618. Fué enviado al reino de Oxu, y despues á Yendo donde recogió la palma del martirio á la edad de cuarenta y ocho años, y veinte de religioso. Se le debe la traduccion de muchas obras á la lengua japonesa, y entre otras la de la "Vida de los Santos." Su humildad, su caridad, su union con Dios, y su continua mortificacion le hicieron universalmente venerado y amado.

El hermano Simon Yempo tenía cuarenta y tres años, y era nativo de Notzu en el reino de Fingo. Su primera infancia la pasó entre los bouzos, (*) pero habiéndose convertido el superior Simon siguió su ejemplo y fué bautizado á los diez y seis años: á los diez y ocho entró á un Seminario de la Compañía de

(*) Sacerdotes idólatras.

Jesus, donde por veinticinco años vivió con los Padres, casi siempre ejerciendo el empleo de catequista. Su celo industrioso convirtió á una multitud de idólatras y le adquirió muchos méritos por la vida ruda que llevaba, especialmente cuando el Padre de Angelis le tomó por compañero en sus fatigosas misiones; pero la esperanza de morir de jesuita y en defensa de la fé, le hacia estas fatigas dulces y ligeras. Alcanzó ambos deseos: el Padre de Angelis le aceptó por compañero al ir al martirio, y le recibió en la Orden con la autorizacion del Padre provincial.

CAPITULO XXI.

Muerte cruel del B. Padre Jacobo Carvalho, jesuita, helado en el agua el día 22 de Febrero de 1624.

Masamune, rey de Oxu, estaba en Yendo, en la corte del nuevo emperador, cuando se verificó el martirio de los cincuenta cristianos quemados vivos; fué testigo de esa horrible carnicería, y se apresuró á mandar inmediatamente un correo á Xondai su ciudad capital, con las órdenes mas terminantes al gobernador, para que buscase á los cristianos, y les obligase bajo pena de muerte á renegar la fé. Se sorprendieron veintitres, haciéndoles morir con diversos géneros de suplicios. La lejanía de estos lugares, pues esta ciudad está situada á la estremidad del Japon, ha impedido obtener unas deposiciones exactas sobre todos estos mártires, esceptuando al bienaventurado Padre Jacobo Carvalho de la Compañía de Jesus, cuya gloriosa muerte vamos á referir.

Fué aprehendido en el territorio de Oroxia, cuando estaba preparando á los fieles á sostener las nuevas pruebas de que estaban amenazados. Teniendo los perseguidores algunos datos de que estaba en ese lugar, despacharon soldados para que le prendiesen; pero el Padre con sesenta cristianos que le siguieron, había ido á ocultarse á un lugar no muy distante, pero desierto y al abrigo de toda sospecha. Los emisarios del gobernador habian perdido su tiempo y su trabajo en buscar al misionero en todo el Canton de Oroxia, y se volvian desalentados á Mivage, cuando uno de ellos descubrió en la nieve las huellas de los fugitivos: siguieron á la aventura esas huellas y al fin lograron dar con ellos. Los primeros que fueron interrogados respondieron francamente que eran cristianos, y lo mismo los segundos y los terceros. Entonces el Padre Jacobo salió de su escondite, y dirigiéndose á los emisarios, les dijo que él era el Padre que enseñaba el camino del cielo, y en seguida comenzó á predicarles con mucho fervor, de manera que sus otros compañeros, ocultos en las grutas mas lejanas, tuvieron tiempo para huir á los bosques. Quedaron únicamente diez, de los que ya estaban presos, y de otros que no quisieron separarse de su Padre.

Se les conduce en espectáculo á todas las cercanías de Oroxia, llevando engarrotadas las manos y los cuerpos, y despues se les condujo á pié para Xendai. Esto pasaba el 9 de Febrero, cuando la nieve, como de costumbre caia sobre esta parte del Japon que es la mas elevada y salvaje. El camino que por las rocas y los precipicios es de snyo muy difícil, estaba impracticable y aun cerrado por las nieves; de manera que, para comprender cuán penoso fué el viaje de los siervos de Dios, bastará decir, que em-